

CUADERNOS DE
R E C I E N V E N I D O

Roxana Patiño

**Intelectuales en transición.
Las revistas culturales argentinas (1981-1987)**

CURSO DE PÓS-GRADUAÇÃO
EM LITERATURAS ESPANHOLA E HISPANO-AMERICANA

UNIVERSIDADE DE SÃO PAULO

CUADERNOS DE RECIENVENIDO/4

*Publicação do Curso de Pós-Graduação
em Literaturas Espanhola e Hispano-Americana*

Editor: Jorge Schwartz

Assistente Editorial: Gênese Andrade

Universidade de São Paulo

Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas

Departamento de Letras Modernas

S562

Patiño, Roxana

Intelectuales en transición: las revistas culturales argentinas (1981-1987)/ Roxana Patiño. – São Paulo: Depto. de Letras Modernas/ FFLCH/USP, 1997. – (Cuadernos de Recienvenido, 4).

1. Literatura Hispano-Americana 2. Ensaio argentino 3. Revistas culturais 4. Cultura e Política I. Título II. Série.

ISSN: 1413-8255

CDD (20.ed.) 869.99304

Catálogo: SBD/ FFLCH



© Copyright 1997 da autora. Direitos de publicação da Universidade de São Paulo.
junho/ 1997

NOTA EDITORIAL

A pós sete anos de pesquisa e docência na Universidade de Maryland, College Park, Roxana Patiño volta em caráter definitivo para Córdoba, Argentina, fazendo uma espécie de “parada técnica” na USP para ministrar um curso de pós-graduação sobre revistas culturais latino-americanas do século XX. Sua presença empreendedora significa o enriquecimento de uma de nossas linhas de pesquisa mais relevantes, dedicada justamente à análise desse veículo cultural. Neste sentido, encontram-se já em andamento trabalhos sobre coleções específicas como a revista cubana *Orígenes*, outros que visam a desenhar um perfil comparatista Argentina/Brasil (*Punto de Vista* e *Novos Estudos Cebrap*). Também estamos recuperando do esquecimento a rara *Revista Americana*, primeira publicação brasileira de caráter integrativo latino-americanista das primeiras décadas do século. Já contamos com um trabalho acabado sobre revistas peruanas de vanguarda e proximamente daremos início a uma pesquisa sobre a fundamental *Revista de Avance cubana*. Acreditamos que o livro hoje no prelo sobre revistas culturais argentinas da década de oitenta, de autoria de Roxana Patiño, e do qual este texto que hoje apresentamos é uma antecipação, passará a significar uma referência decisiva para quantos se interessem pelo gênero.

J.S.

Intelectuales en transición. Las revistas culturales argentinas (1981 - 1987)

A principios de los años ochenta comienzan a perfilarse en Argentina las condiciones hacia una apertura democrática desde el inicio de la dictadura militar en marzo de 1976. El fracaso del plan económico de corte liberal — con el consecuente deterioro y descontento social — rompe el consenso inicial que las fuerzas económicas tenían con el régimen; el resquebrajamiento dentro de las propias Fuerzas Armadas se hace evidente en el abrupto recambio presidencial del Gral. Viola por el Gral. Galtieri en diciembre de 1981; la creciente presión de distintos movimientos sociales, particularmente el de Derechos Humanos, canalizó las operaciones políticas que estaban obturadas en su escenario específico. Pero fue el colapso producido por la derrota de la guerra de Malvinas en junio de 1982 el que funcionó como detonante de la apertura de un período de transición hacia la democracia que acabará con siete años de dictadura militar. Desde el punto de vista formal, dicho período culminaría en diciembre de 1983 con la asunción del gobierno democrático de Raúl Alfonsín abriendo un proceso de “consolidación democrática”; sin embargo, dado las particularidades del caso argentino, no resultaría arbitrario tomar el concepto de transición en un sentido más amplio ya que los problemas propios de toda transición se manifiestan en toda su complejidad recién a partir de 1983.¹

Se trata no sólo de un campo político en transición. El entramado social completo debe pasar en esos años por un proceso de transformación de una

¹ Sobre las transiciones democráticas, véase: Guillermo O’Donnell, Phillippe Schmitter y Laurence Whitehead (Comps.), *Transiciones desde un gobierno autoritario*, 4 vols., Buenos Aires, Paidós, 1988. Para el caso argentino, véase: José Nun y Juan Carlos Portantiero (Comps.), *Ensayos sobre la transición democrática argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1987; Oscar Oszlak (Comp.), *“Proceso”, crisis y transición democrática*, Buenos Aires, CEAL, 1984; Alain Rouquié y Jorge Schvarzer, *¿Cómo renacen las democracias?*, Buenos Aires, 1985.

fuerte matriz autoritaria cuyo origen no data de la última dictadura militar sino que se remonta — al menos — a la primera ruptura del orden constitucional en 1930, y que tiene en los siguientes cincuenta años sucesivas modulaciones y reforzamientos. Esta matriz es la base de conformación de una cultura política autoritaria que posee, a principios de los ochenta, una doble fuente de interpelación: por un lado los regímenes militares y, por el otro, configuraciones político-culturales provenientes tanto de sectores del peronismo como de la izquierda. En el ámbito de la vida social, la democratización abre una instancia de cambio hacia una nueva cultura política que debe, al tiempo que reconstruir una esfera pública obturada por años de censura y represión, luchar por la erradicación de los patrones autoritarios internalizados hasta en los microcontextos de la vida cotidiana.²

La profunda reforma de las relaciones entre cultura y política que se produce por esos años forma parte de este mismo proceso. Luego de una larga hegemonía de la cultura política de izquierda en el campo intelectual — que arranca a mediados de los cincuenta y se prolonga hasta principios de los ochenta —, se plantea un conjunto de cuestionamientos a sus contenidos que provienen del mismo sector de la izquierda. El nuevo escenario no es ya un espacio hegemonizado por el autoritarismo pero, al mismo tiempo, tampoco es un espacio frente al cual los intelectuales que provenían del peronismo y la izquierda pudieran seguir desplegando, sin una reflexión crítica previa, el mismo fundamento revolucionario que había legitimado las prácticas culturales durante los sesenta y setenta.³ *La configuración de una nueva cultura política democratizante replantea entonces las relaciones entre el intelectual y la política al tiempo que redefine sus funciones.* La recolocación de estos intelectuales y los escritores respecto de una nueva cultura política democrática será uno de los principales ejes del cambio cultural del momento, ya que la reestructuración total o parcial de sus tradiciones ideológico-políticas genera una crisis de los paradigmas estético-culturales hegemónicos y una redefinición de la idea de cultura, de sus relaciones con la política, del lugar y la función del intelectual. Dedicaremos este estudio a analizar los debates y posiciones en torno a la redefinición de la identidad y función intelectual a través de un recorrido por algunas de las revistas culturales del período.

² Guillermo O' Donnell, "Democracia en Argentina: micro y macro", en Oszlak, *op. cit.*, pp. 13-30.

³ Sobre las relaciones entre cultura y política en ese período, véase: Oscar Terán, *Nuestros años sesentas*, Buenos Aires, Puntosur, 1991; Silvia Silgal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

El periodismo cultural y literario ofrece una inmejorable posibilidad de visualizar ese “lugar” (ideológico, estético) que ocuparon los escritores y artistas argentinos en el momento mismo de la redefinición de su identidad. Se entronca, por otra parte, con una rica tradición de la cultura argentina que expuso sus principales núcleos de debate en revistas y suplementos literarios. De allí la fuerte configuración que dispone a los escritores en torno a los circuitos — si bien restringidos — que las revistas diseñan nítidamente en el campo, concentrándose alrededor de ideologías culturales y estéticas fuertemente excluyentes desde las cuales se definen posiciones, se entablan polémicas o se interviene en debates.

En el marco general de la crisis del marxismo y de la revalorización de los regímenes democráticos (especialmente en América Latina), esta recolocación se efectúa en los principales sectores intelectuales de la izquierda y del peronismo — de los más combativos a los más moderados — a lo largo de los ochenta, si bien no en el mismo momento: de allí las polémicas, de allí también los desplazamientos. Los debates que en la izquierda empiezan a fines de los setenta en el exilio, se instalan en Argentina en plena transición y se concretan en forma sustancial durante el período posterior, entre 1984 y 1987. Por otra parte, si bien algunos intelectuales aislados y no “orgánicos” reflexionaban sobre el tema, en el peronismo este proceso permanece paralizado en los términos en los que los dejan las consignas del 73 — año del inicio del tercer gobierno peronista que cae con el golpe de estado del 76 —, debiéndose esperar hasta la crisis del Justicialismo (con la derrota de 1983) y el inicio de la renovación peronista para que esta problemática entre en la reflexión de sus intelectuales. La densidad de esta problemática disminuye en otros grupos intelectuales y literarios más vinculados a las vanguardias estéticas y tiene registros de superficie en la zona del campo vinculada a la tradición liberal.

Dentro de esta heterogénea densidad puede afirmarse, sin embargo, que los escritores que se plantearon cómo reconstruir la cultura argentina debieron pensarla articuladamente con la producción de una nueva cultura política. Asimismo, pensar el lugar de la cultura en la particular conformación de la esfera pública de la transición implicaba precisar el lugar de los agentes del campo intelectual respecto de su propio campo y del político.

Autocrítica, reforma y búsqueda de una nueva función intelectual

El principal movimiento del inicio de la transición lo realizó un importante sector de la izquierda intelectual de los sesenta y setenta que, partidos por el

exilio, describen sin embargo una trayectoria ideológica similar. Ya sea para aquellos marxistas gramscianos que confluyeron en el exilio mexicano en la revista *Controversia* (1979-1981) pero cuyo origen se remonta a *Pasado y Presente* (Córdoba, 1963-1965), como para los marxistas cuya trayectoria ideológica puede registrarse desde su participación en *Los Libros* (1969-1976) hasta *Punto de Vista* (1978-continúa), la reconsideración crítica de la tradición marxista implica definitivamente una condición indispensable para elaborar una nueva agenda cultural. Obviamente, la censura y las condiciones represivas para el análisis crítico retrasaron en el país un debate que en el exilio se tornó impostergable, de allí que *Controversia*, desde México, comience abiertamente este análisis desde su primer número de 1979 albergando dentro de él a intelectuales provenientes de la izquierda y del peronismo revolucionario. Ese mismo debate es retomado poco después en el país por un conjunto de revistas que conforman el entramado de la disidencia cultural al régimen: *Punto de Vista*, *Nova Arte* (1978-1980), *Brecha*, *El Ornitorrinco* (1977-1987), *El Porteño* (1982-1992), entre las principales. Estas revistas funcionan como instancias de recomposición del discurso de las revistas de los años 60-70, etapa de alta densidad del discurso intelectual y crítico de la cultura argentina, que se quiebra entre 1975 y 1976.

Para la revista *Controversia*⁴ el reconocimiento de la “derrota” se convierte en el punto de partida para toda reflexión política y cultural; la recomposición pasa por la autocrítica no sólo del accionar sino de los instrumentos teóricos que sostuvieron ese accionar. Podría decirse que se está ante un doble pasaje: en el momento en que la izquierda sufre una crisis de los modelos de transición al socialismo, los intelectuales argentinos provenientes de esa matriz ideológica deben pensar los modos de transición de un régimen dictatorial a uno democrático. Este doble movimiento es el que genera los principales temas de los catorce números de la revista: la crisis del marxismo, el análisis de la izquierda argentina y latinoamericana, la problemática del peronismo, la redefinición del intelectual frente a la democracia, el exilio y la literatura, entre los principales. Estos son los tópicos compartidos con la mayoría de la intelectualidad latinoamericana, así como lo fue el socialismo desde la revolución cubana hasta mediados de los 70. Pero son temas frente a los cuales, aún en

⁴ La revista *Controversia* para el análisis de la realidad argentina editó catorce números entre 1979 y 1981 en la ciudad de México. Director: Jorge Tula; Consejo de redacción: José Aricó, Carlos Abalo, Sergio Bufano, Rubén S. Caletti, Nicolás Casullo, Ricardo Nudelman, Juan Carlos Portantiero, Héctor Schmucler, Oscar Terán.

una instancia autocrítica, la izquierda tiene que hacer una torsión, un movimiento poco plástico: acceder a pensar la democracia como horizonte legítimable no es una tarea fácil para un pensamiento que progresivamente había venido impugnándola. Es, en verdad, un problema a resolver.⁵

En este clima de ideas — que abarca el análisis crítico de paradigmas de pensamiento, las discusiones sobre una nueva forma de relacionar cultura y política, y la elaboración intelectual de una nueva cultura política democrática —, se encuentran los escritores de *Controversia* cuando comienzan su debate sobre la situación de la literatura argentina y su colocación dentro de ella. El énfasis mayor está, obviamente, en el tema del exilio. La revista dedica un dossier al tema “Literatura y exilio”, recogiendo las polémicas que por el momento se estaban entablando en el país y el exterior entre escritores y críticos literarios.⁶

Controversia dejó de publicarse en abril de 1981 porque no pudieron conciliarse las líneas internas de la revista: peronistas y socialistas, comenzada la transición, comenzaron también a alinearse en lados opuestos. Exactamente en ese momento en Argentina se atisbaban los primeros intentos de debate sobre estos aspectos profusamente discutidos en la revista desde 1979. La mayoría de sus integrantes retornó al país al promediar la democratización y se integraron, como veremos después, a la zona del campo que estaba realizando un movimiento semejante. Pero para ese entonces el proceso de reforma intelectual estaba realizado en sus aspectos nucleares: los paradigmas del marxismo y del nacionalismo populista — que alimentaron a los escritores de la izquierda y el peronismo en las dos décadas anteriores — ya no existían para ellos como horizontes desde los cuales pensar una reconstrucción de la cultura. Si *Controversia* es la revista que inicia y tematiza más fuertemente esta reforma cultural en los primeros años de la década, *Punto de Vista* será la que, sin hacer de esta revisión un tópico, despliega en sus lecturas — de la política, la historia, la literatura — las consecuencias que tal revisión supone.

Punto de Vista es la única revista que atraviesa todo el período que estudiamos, y es la que con mayor coherencia y continuidad enfrentó durante la dictadura el desafío de generar un discurso disidente. En ese lugar de los comienzos la revista no estuvo sola. Compartió el ámbito de la resistencia y el confinamiento con una serie de revistas que forman el entramado de la oposición

⁵ Véase el suplemento especial en el número 9-10, diciembre de 1980: “La democracia como problema”. Se trata de diecisiete trabajos escritos por sus principales colaboradores en ocasión del aniversario de la revista. Aniversario que coincide con los primeros indicios de apertura política en Argentina.

⁶ *Controversia*, 11-12, 1981.

cultural al régimen: *Nova Arte-Ulises*, *Brecha*, *El Ornitorrinco*, *Crear* (1980-1984), entre las principales.

El “derecho al punto de vista” era también el reclamo por la afirmación de un punto de referencia intelectual al que fuera posible seguir apelando durante aquellos años inciertos. Los doce primeros números — hasta 1981 — pueden pensarse a partir de una estrategia, por la cual, según su directora Beatriz Sarlo, esos textos “eran más de lo que decían”. *Punto de Vista* consiguió mantener los puentes de un campo intelectual fisurado porque tenía un sostenido contacto con los debates externos al mismo tiempo que dinamizaba el quietismo local. Sintonizó ambas zonas en un momento en el que cada vez más belicosamente se hablaba de una cultura nacional producida en Argentina y una cultura del exilio, y esto permitió que vastas zonas del campo se hicieran cargo del elenco de propuestas de la revista, y la colocaran en un lugar central en el momento de la apertura democrática. De este modo, al producirse el aflojamiento progresivo de la censura a principios de 1981, la revista estuvo en condiciones de expandir su ámbito de circulación en el campo cultural argentino y al mismo tiempo incorporar colaboradores que provenían del exilio con su agenda de problemáticas.⁷

Más que una intervención “temática”, la apuesta de *Punto de Vista* se dedica a poner en circulación otros discursos — desde la crítica cultural y la teoría literaria hasta la reflexión sociológica y la historia cultural — que en sí mismos implican una opción intelectual refractaria a los discursos autoritarios, no sólo políticos sino propiamente culturales. Se torna posible tener una intervención política progresista y de resistencia en la esfera pública desde este tipo de discursos, no fuera de ellos.

El año 1981 marca el fin de una primera etapa de la revista — coincidente con el momento de aflojamiento de la censura — y el inicio de una segunda que se abre con el número 12 de julio-octubre de 1981, en el que por primera vez se publica un editorial. El anacronismo sirve para verificar la imposibilidad de haber arrancado con él en el número 1. A la declaración de principios y propósitos se le suma la constitución de un Consejo de Dirección (Carlos Altamirano, María Teresa Gramuglio, Ricardo Piglia, Beatriz Sarlo, Hugo Vezzetti) y un cambio de Dirección: de Jorge Sevilla a Beatriz Sarlo; intelectuales todos vinculados a la revista desde el primer momento, lo hacen ahora de una manera formalizada. Una manera de refrendar un “nosotros” que se había ido

⁷ Véase la breve síntesis de la trayectoria de la revista por esos años en el editorial “*Punto de Vista*. Décimo año”, en *Punto de Vista*, 30, 1987, p. 1.

constituyendo número a número y que existía ya en otras actividades y parcialmente en *Los Libros*, la revista que — como ya se indicó — precedió a *Punto de Vista*.

El otro aspecto importante del editorial es la expresa inscripción de la revista en un horizonte ideológico-cultural: “Existe una tradición argentina que los que hacemos *Punto de Vista* reconocemos: una línea crítica, de reflexión social, cultural y política que pasa por la generación del 37, por José Hernández, por Martínez Estrada, por FORJA, por el grupo Contorno. Descubrimos allí no una problemática identidad de contenidos, sino más bien una cualidad intelectual y moral”. Todos estos gestos inaugurales en un número 12, están indicando una suerte de “pasado en limpio” que sirve para encolumnar sus artículos en el marco de esa tradición así enunciada. Provee una lectura sistémica de la revista al mismo tiempo que da la clave para interpretar lo que seguirá.

Fuertemente vinculada a la empresa iniciada por *Contorno*⁸ en su propósito de revisión de la cultura argentina, la revista lleva adelante dos importantes operaciones: una *puesta al día de la crítica* y, paralelamente, una *redefinición de las líneas de la tradición literaria argentina*. La primera operación representa un avance y revisión crítica respecto de los instrumentos teóricos que dominaron durante la década pasada: el estructuralismo lingüístico, literario y antropológico, el psicoanálisis lacaniano, la lectura althusseriana de la teoría social, etc.⁹ Muy tempranamente en la revista se pone de manifiesto la intención de buscar alternativas en nuevas lecturas o relecturas de la historia de las ideas, la teoría política, la sociología de la cultura y la crítica literaria. La búsqueda se encamina hacia teorías principalmente no reductivistas, que mantengan la amplitud suficiente para posibilitar cruces inéditos pero significativos, con conceptos que puedan ser teóricamente estimulantes más que encasillantes. La revista postula expresamente esta alternativa cuando introduce en Argentina a dos críticos ingleses: Raymond Williams y Richard Hoggart.¹⁰

⁸ Beatriz Sarlo, “Los dos ojos de *Contorno*”, en *Punto de Vista*, 13, 1981, pp. 3-6.

⁹ Estos paradigmas formaron el conjunto teórico que prevaleció en la revista *Los Libros*, también una publicación por donde pasó la modernización crítica en los 70. Sobre ambas revistas como lugares de modernización, véase John King, “Las revistas culturales de la dictadura a la democracia: el caso de *Punto de Vista*”, en Karl Kohut y Andrea Pagni (Eds.), *Literatura argentina hoy*, Frankfurt, Vervuet, 1993, pp. 87-89.

¹⁰ Beatriz Sarlo, “Raymond Williams y Richard Hoggart: sobre cultura y sociedad”, en *Punto de Vista*, 6, 1979, pp. 9-10; Carlos Altamirano, “Raymond Williams: proposiciones para una teoría social de la cultura”, en *Punto de Vista*, 11, 1981, pp. 29-33.

Williams proveyó a los miembros de *Punto de Vista* una parte importante del “cómo leer”, sobre todo, zonas de la cultura argentina marginadas o demonizadas por el análisis de la izquierda. Los ejemplos más nítidos de esto pueden encontrarse en los artículos sobre el grupo *Sur* compilados en un dossier de 1983. La revista de Victoria Ocampo leída ahora desde Williams permite analizar los modos de surgimiento de un grupo cultural,¹¹ o su particular inflexión en un compuesto ideológico denso compartido con otras zonas del campo: el americanismo.¹²

La operación de puesta al día de la crítica, de la cual hemos dado sólo un ejemplo, tal vez el más fuerte, se completa en el ámbito de la sociología de la cultura con Pierre Bourdieu. Si bien las teorías de Bourdieu circulaban en Argentina en los años previos al golpe militar a través de escasas y recortadas traducciones, éstas se encontraban dentro de la órbita de su primera etapa, fuertemente estructuralista y reproductivista y, cuando el autor avanza hacia la elaboración de una sociología de los intelectuales y la cultura, las condiciones de la censura impuesta después del 76 no fueron las más propicias para su difusión. Cuando *Punto de Vista* recupera a Bourdieu en 1980 el énfasis en su teoría está colocado en otra parte. El artículo reproducido apunta más bien a focalizar la importancia del orden simbólico dentro del análisis social.¹³ Sus estudios de sociología de la cultura están presentes en *Punto de Vista* más como sustrato teórico en numerosos artículos sobre cultura y literatura que como exposición directa de su pensamiento. Términos como “campo intelectual”, “bienes simbólicos”, etc., se vuelven un lugar común del lenguaje crítico, que no necesitan una referencia bibliográfica porque ya están incorporados al modo de aludir a ciertos fenómenos específicos del análisis cultural o literario. No obstante, la transcripción de textos de Bourdieu en la revista cumplió no sólo con la misión divulgadora; tuvo también la función de operar como uno de los discursos intersticiales que, durante la dictadura de los discursos “centrales”, permitían hablar del poder, colocar el foco en el análisis de los poderes simbólicos y desmontarlos. Raymond Williams y Pierre Bourdieu, entonces, como dos nuevos “faros” — continuando con la terminología del segundo — para los redactores de *Punto de Vista*, como horizonte o incitación teórica a estos autores y no como una *doxa* a aplicar. Comparten con ellos la misma relación tensionada

¹¹ “Dossier: la revista *Sur*”: María Teresa Gramuglio, “*Sur*: constitución del grupo y proyecto cultural”, en *Punto de Vista*, 17, 1983, pp. 7-12.

¹² Beatriz Sarlo, “La perspectiva americana en los primeros años de *Sur*”, en *Punto de Vista*, 17, 1983, pp. 10-12.

¹³ Pierre Bourdieu, “Los bienes simbólicos, la producción de un valor”, en *Punto de Vista*, 8, 1980, pp. 19-23.

con el marxismo y una semejante intención de trabajar sobre la materialidad de sus propios fenómenos culturales.

La segunda operación que realiza la revista es la *redefinición de las líneas de la tradición literaria argentina*. Si sus integrantes se habían propuesto una tarea de renovación del pensamiento crítico (en sus inflexiones políticas, culturales y específicamente literarias) que les permitiera revisar los lineamientos anteriores, su consecuencia es un nuevo sistema interpretativo basado en una relación diferente entre política, ideología y literatura.

No hay núcleo importante de la literatura argentina que quede fuera de la "relectura" de *Punto de Vista*: Sarmiento y *Facundo*, José Hernández y *Martín Fierro*, la generación del 80, el nacionalismo cultural del 900, Borges y la Vanguardia, *Sur*, Martínez Estrada y *Contorno*. Con el correr de los números, la revista va armando un entramado que, desplegado hoy para su estudio, muestra un constante sistema de remisiones, de vasos comunicantes entre sus artículos, una misma agenda de preocupaciones que se suspenden en uno y se retoman en otro. Existe en los ensayos de los primeros años una indagación sobre la tradición cultural argentina hecha a partir de la fractura producida por obras que operaron como revulsivo en la literatura. Este análisis tiene su punto de mayor inflexión en el *Martín Fierro* y se extiende a toda su crítica posterior, hasta Martínez Estrada.¹⁴

Así como durante 1980 la revista iniciará una relectura de la obra de Sarmiento que en los siguientes años se acrecentará en todo el campo, desde 1981 y hasta fines de 1983 los artículos que venían conformando la revisión de la literatura argentina se concentrarán en Borges y en la revista *Sur*.¹⁵ Con ellos, la revista avanza sobre zonas que el sistema de lecturas dominante en la izquierda intelectual del campo durante las décadas pasadas no permitían abarcar. Podría decirse que, en un gesto de continuidad de la línea crítica que había reclamado, *Punto de Vista* completa aquello que *Contorno* no había podido leer; revisa y reordena lo que un nuevo paradigma de lectura posibilita una vez reprocesadas claves político-ideológicas que operaron como barreras para la ampliación de la mirada crítica en las décadas anteriores. Hay una

¹⁴ Washington Victorini (seud. de Carlos Altamirano), "Martínez Estrada: de la crítica a *Martín Fierro* al ensayo sobre el ser nacional", en *Punto de Vista*, 4, 1978, pp. 3-6; María Teresa Gramuglio, "Continuidad entre la Ida y la Vuelta de *Martín Fierro*", en *Punto de Vista*, 7, 1979, pp. 3-7; Beatriz Sarlo, "Razones de la aflicción y el desorden en *Martín Fierro*", en *Punto de Vista*, 7, 1979, pp. 7-9.

¹⁵ Véase: Ricardo Piglia, "Notas sobre *Facundo*", en *Punto de Vista*, 8, 1980, pp. 15-18; Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, "Identidad, linaje y mérito de Sarmiento", en *Punto de Vista*, 10, 1980, pp. 14-19; Beatriz Sarlo, "Sobre la vanguardia, Borges y el criollismo", en *Punto de Vista*, 11, 1982, pp. 3-8; "Dossier: La revista *Sur*", en *Punto de Vista*, 17, 1983.

hiperconciencia de este proceso en los redactores de la revista: todo su sistema de selección temática está al servicio de esta operación.

Los estudios de literatura, sin embargo, dejarán paso en los números del período transicional (82-83) a una ampliación del espacio de artículos sobre la relación del intelectual con la política, especialmente en su relación con el proceso democratizador. Cuando se produce la primera nota sobre la coyuntura nacional en ocasión de la derrota de Malvinas, Carlos Altamirano — en nombre del Consejo de Redacción — sostiene que pensar en la “cuestión nacional” está ligado actualmente a la “cuestión democrática” de modo que “ninguna puede resolverse verdaderamente sin la otra”.¹⁶ El autor utiliza la coyuntura de Malvinas para hacer un análisis del último período de la dictadura militar y de las posturas de la oposición. El artículo opera además como toma de posición intelectual colectiva respecto de la situación política.

Precisamente este número post-Malvinas es el que inicia una serie de artículos que, desde la historia o la teoría política, rondan la “cuestión democrática” como un tópico que es necesario re-crear en todos los discursos. La apertura democrática será también el tema de dos editoriales de 1983. El primero, preelectoral, ubica a *Punto de Vista* advirtiendo desde el campo intelectual la necesidad de transformar la cultura política argentina y democratizarla. En un gesto similar al que hace *Controversia*, la revista abandona la idea instrumental de la democracia: “Hoy, en la Argentina, la democratización es una meta”. Tiene conciencia de que el cambio implica para ellos una operación intelectual que deberá hacerse a través de la discusión y el debate de ideas, pero que exigirá una “democratización” de los modos en muchos casos intolerantes con los cuales hasta hace no demasiado la izquierda intelectual condujo sus controversias:

Las alternativas políticas que se avecinan traerán la discusión y la controversia dentro de este campo (intelectual); ellas son necesarias y sólo una visión beata de la democracia puede temerlas. Sin embargo, sería olvidar la experiencia de esta década (porque en nuestra memoria debe estar presente toda la década), si cada posición intelectual se convierte en una máquina de guerra intolerante, dispuesta a que suenen nada más que sus argumentos y a demonizar toda diferencia.¹⁷

En el segundo editorial, posterior a las elecciones, la reconstrucción de la cultura argentina en clave democrática es tomada como una tarea prioritaria

¹⁶ Carlos Altamirano, “Lecciones de una guerra”, en *Punto de Vista*, 15, 1982, p. 5.

¹⁷ “Editorial”, en *Punto de Vista*, 17, 1983, p. 1.

para los escritores de *Punto de Vista*. En otro aspecto que también la acerca a *Controversia*, la revista plantea que tal reconstrucción es posible sólo a través del análisis crítico y autocrítico del pasado inmediato, “condición indispensable para la producción de una izquierda que no sucumba a la doble y deformante tensión hacia el populismo y el dogmatismo”.¹⁸

En ese sentido, una de las principales tareas de la revista consiste en retomar algunos tópicos hegemonzados por el populismo en el campo de la cultura, generar una crítica que desafíe las definiciones dogmáticas y proponer nuevas posibilidades de interpretación. Un ejemplo muy claro de esto es su intervención en torno al tema de las culturas populares que ocupa el editorial y varios artículos del número 18 dedicados a “cultura nacional y cultura popular”.¹⁹ El desplazamiento ideológico al postmarxismo y el cruzamiento con otras zonas del pensamiento contemporáneo genera un reacomodamiento conceptual de un núcleo fuerte de la cultura de izquierda. Se desestima “lo popular” como categoría inmutable y homogénea, así como también su perenne oposición con la llamada “cultura de elite”; ambas son variables en permanente estado de recomposición, y compuestas por una cantidad de elementos heterogéneos y contradictorios presentes en ambos niveles.

Al abordar el tema de la cultura en los sectores populares, *Punto de Vista* está disputando la iniciativa de rescatar la “perseverancia de un debate”; busca desbloquearlo del lugar donde lo dejó el peronismo (que fue el que fijó una definición de la cultura nacional, popular, o nacional-popular) y plantearlo a la luz de otras claves de discusión. Ninguna de las publicaciones de entonces recoge la propuesta y habrá que esperar hasta los próximos años para que recomience el debate.

El período que se abre en los años de la democratización, de 1983 en adelante, produce una redistribución del esquema de fuerzas dentro del campo intelectual, particularmente dentro de la izquierda. La crisis de los presupuestos ideológicos que se había tematizado en el exilio o problematizado a través de otras estrategias en el país, se vuelve objeto expreso de reflexión para una fracción de la izquierda representada por los miembros de *Punto de Vista* y los integrantes de *Controversia* que, de regreso del exilio, forman en 1984 el Club de Cultura Socialista.²⁰ Desde ese foco se plantea una revisión intelectual de la

¹⁸ “Editorial”, en *Punto de Vista*, 19, 1983, p. 3.

¹⁹ Véase “Materiales de discusión: Cultura nacional y cultura popular”: Beatriz Sarlo, “La perseverancia de un debate”; PEHESA, “La cultura de los sectores populares”; Carlos Altamirano, “Algunas notas sobre nuestra cultura”, en *Punto de Vista*, 18, 1983.

²⁰ Véase “Club de Cultura Socialista. Declaración de principios”, en *Punto de Vista*, 22, 1984, p. 40.

izquierda que produzca un pensamiento socialista renovado, cercano al paradigma democrático, para ponerlo al servicio de una operación cultural que piense el cambio político de un modo diferente, acorde a las claves que la experiencia contemporánea ha dado sobre la problemática social. De allí que *Punto de Vista* cambie su estrategia: si en la etapa anterior había ponderado los análisis culturales como modo de entrada a la problemática de la democratización, en esta etapa avanza hacia una intervención temática, “casi autobiográfica”, como se dirá en uno de sus artículos. La revisión de la cultura de izquierda será el principal cometido de la revista que, artículo a artículo, y a la manera de un movimiento de pinzas, va rediseñando su lugar en el campo.

Entre 1984 y 1986 se alternan dos tipos de artículos: los *históricos* y los *analíticos*. Los primeros están destinados a buscar en el pasado las claves de las posiciones actuales, una suerte de relectura del haz de presupuestos ideológicos y culturales que el campo intelectual hegemonizado por la izquierda adoptó como propios; se trata, entonces, de redefinir ese “sentido común” y la apelación a la historia es el único recurso para marcar el contraste. Estos artículos operan como sustrato para la redefinición del intelectual y de la cultura que los miembros de *Punto de Vista* efectúan durante 1984 y 1986.²¹ Los segundos, por su parte, constituyen un conjunto de artículos de naturaleza más analítica y especulativa que proporcionan y discuten algunos fundamentos que operen como alternativa teórica a la crisis de la izquierda y avancen hacia formas de compatibilización entre socialismo y democracia.²² La revista continuará trabajando sobre estas líneas en los años sucesivos pero puede afirmarse que, al finalizar 1986, el grueso de reflexiones referidas a *la crisis del marxismo, la revisión de la cultura de izquierda, la identidad y la función de los intelectuales, y la reformulación de la tradición cultural argentina*, estaba realizado en sus aspectos más definitorios.

A igual distancia del discurso de dos fracciones intelectuales: la que postula la permanencia dentro de los paradigmas inmodificados de la izquierda

²¹ Véase principalmente: Beatriz Sarlo, “La izquierda ante la cultura: del dogmatismo al populismo”, en *Punto de Vista*, 20, 1984; “Una alucinación dispersa en agonía”, en *Punto de Vista*, 21, 1984; “Intelectuales: ¿Escisión o mimesis?”, en *Punto de Vista*, 25, 1985; Carlos Altamirano, “Imágenes de la izquierda”, en *Punto de Vista*, 21, 1984; José Aricó, “Orígenes del comunismo: para construir una historia no sacra”, en *Punto de Vista*, 21, 1984; “La producción de un marxismo americano”, en *Punto de Vista*, 25, 1985.

²² Véase principalmente: Pietro Ingrao, “Contra la reducción de la política a la guerra”, en *Punto de Vista*, 20, 1984, pp. 12-18; José Nun, “La rebelión del coro”, en *Punto de Vista*, 20, 1984, pp. 6-11, y “Democracia y Socialismo: ¿etapas o niveles?”, en *Punto de Vista*, 22, 1984, pp. 24-26; Juan Carlos Portantiero, “Socialismo y democracia. Una relación difícil”, en *Punto de Vista*, 20, 1984, pp. 1-5; Emilio de Ipola y Juan Carlos Portantiero, “Crisis social y pacto democrático”, en *Punto de Vista*, 21, 1984, pp. 13-20; Fernando Henrique Cardoso, “La democracia en América Latina”, en *Punto de Vista*, 23, 1985, pp. 1-8.

y la que identifica “democracia con moderatismo”, el discurso de *Punto de Vista* definirá su identidad como un espacio de “tensión ineliminable” entre la dimensión cultural y la dimensión política:

Se trataría, entonces, de pensar al intelectual como sujeto atravesado por esa tensión y no como subordinado a las legalidades de una u otra instancia, listo para sacrificar en una de ellas lo que defendería en la otra.²³

El ocaso del intelectual revolucionario

Avanzado ya el proceso de democratización las posiciones en la izquierda del campo cultural argentino comienzan a polarizarse. Si bien la legitimidad alcanzada por *Punto de Vista* era visiblemente importante al promediar la democratización, su recolocación produce una tensión en otros sectores de la izquierda del campo intelectual argentino que no estaban realizando las mismas operaciones. Algunas de esas posiciones pueden rastrearse en un conjunto de revistas que surgieron a partir de la instauración democrática y que se ubican polémicamente en torno a *Punto de Vista* y su entorno. Se trata de publicaciones de corta vida pero de concentración significativa. *Pié de Página* (1983-1985), *Mascaró* (1984-1986), *Praxis* (1983-1986) y *La Bizca* (1985-1986) componen una zona generacionalmente más joven que la de *Punto de Vista*. Estas revistas permiten reproducir la línea que, arrancando de aquel tronco común de las revistas de la disidencia cultural a la dictadura, se ubica en el período de la democratización dentro de las consignas de la izquierda marxista. En consecuencia, la tensión con el otro sector de la izquierda, cuyo faro principal es *Punto de Vista*, se irá acrecentando hasta llegar a su pico entre 1985 y 1986.

Pié de Página es una revista cuya breve vida permite, sin embargo, bosquejar esta línea. Definida como “revista de literatura”, su título además señala el lugar político que reivindicaban las revistas culturales durante la dictadura.²⁴ La revista, en pleno proceso de transición, está ubicada en el conjunto de publicaciones literarias y culturales que se pronunciaron explícitamente por el proceso democratizador. En el editorial del número 2 fija su posición en relación a él: la democratización en el campo intelectual implica retomar el “debate en torno a nuestra identidad cultural”; una identidad que debe asumir aquel “reclamo por una opción nacional y popular” que dejó trunco

²³ Beatriz Sarlo, “Intelectuales: ¿Escisión o mimesis?”, p. 6.

²⁴ *Pié de Página* publicó tres números entre 1983 y 1985. Director: Alberto Castro; Secretario de Redacción: Lucas Rubinich.

el proyecto autoritario pero cuyos términos, sin embargo, deben ser revisados críticamente a la luz de un análisis que no homologue dimensiones en sí mismas complejas y que, además, el “poder cultural” ha tergiversado.

Este número presenta, a pesar de algunos matices, una imagen todavía compacta del frente de disidencia cultural. Desde el punto de vista literario, la revista reserva un lugar central para Juan José Saer contribuyendo con esto al proceso de reubicación del escritor que desde estos años se inicia en el campo del periodismo cultural.²⁵ Al mismo tiempo, marca su distanciamiento con la línea realista y “comercial” que representa Jorge Asís, en un artículo que se suma a la frontal reacción que tuvo el campo literario y crítico frente al bestsellerismo de los libros de Asís y al despliegue de mercado que rodeó a cada lanzamiento. El artículo de Rodolfo Fogwill, “Asís y los buenos servicios”, es un agudo análisis del comportamiento de la crítica en el periodismo cultural frente a los dictados del *marketing*.

El número 3 de *Pié de Página* se publica un año y medio después (“verano 84/ 85”). Durante ese lapso se han producido los principales movimientos de recolocación: *Punto de Vista* ya ha publicado, como hemos visto, sus artículos nucleares en torno a la redefinición de la izquierda intelectual; por su parte, este nuevo número dará cuenta del distanciamiento ideológico que tal recolocación produjo en sus miembros, hasta no hace mucho tiempo vinculados a esos “hermanos mayores” como los llamó Lucas Rubinich — Secretario de Redacción de *Pié de Página* hasta el número 2 — en un artículo publicado en *Punto de Vista*.²⁶ La revista abre el fuego desde su primera nota que, firmada por su director, tiene las características textuales y gráficas de un editorial: “Los nuevos demócratas (o el círculo de tiza del discurso liberal)”. Se trata de un extenso artículo de fuerte tono polémico dirigido en contra de los “nuevos demócratas postmarxistas”, de “esta nueva izquierda, esta vanguardia de la intelectualidad progre, nuestros nuevos demócratas *radicalizados*” que “acepta el mandato despolitizador (mientras hace política) y se refugia (pretende hacerlo) en la zona sagrada del campo intelectual”. Para *Pié de Página* este discurso, que proviene del “liberalismo de izquierda”, completa el círculo del discurso liberal de la derecha y por eso mismo debe ser cuestionado.

²⁵ Véase la extensa entrevista de Mónica Tamborenea y Sergio Racuzzi, “Saer: poder decirlo todo”, en *Pié de Página*, 2, 1983, pp. 3-7, y la crítica bibliográfica de Jorge Panessi, “Cicatrices de Juan José Saer: el peligroso juego de la literatura”, en *Pié de Página*, 2, 1983, pp. 28-9.

²⁶ Lucas Rubinich, “Retrato de una generación ausente”, en *Punto de Vista*, 23, 1985. El autor presenta un panorama altamente pesimista de esta nueva generación que vio quebrado su proceso de constitución durante los años de la dictadura y que se ve opacada e imposibilitada de distanciarse de la generación de los intelectuales de los 60-70. Esta postura generó réplicas que la misma revista reprodujo.

La renuncia a la concepción marxista de la historia es percibida como la renuncia a toda forma de historicidad en la reflexión intelectual; el abandono de las certezas movilizadoras de “una” verdad histórica es percibida como la abjuración de los ideales revolucionarios y el traspaso oportunista a las ideologías más reaccionarias. Esto es lo que condiciona una concepción de la historia y de la cultura cuyo sujeto ya no puede visualizarse y cuyo objeto ya no puede enunciarse con claridad. La función del intelectual, por tanto, no es más “esclarecedora” y su “perplejidad” ante la historia denuncia la pérdida — o el abandono — de su función social como sujeto portador de una verdad revelada:

Pero ¿cómo es posible que los intelectuales, presuntos poseedores de los instrumentos críticos necesarios para revelar los procesos sociales en su realidad profunda, se manifiesten perplejos? ¿Desde dónde se enuncia este discurso que apela al sinsentido y postula a la historia como hermética?

En segundo lugar, este viraje ideológico es el que, para Castro, le permite a *Punto de Vista* la valorización de Borges y de su “magisterio”, así como también su “obsesión por el Facundo” se relaciona con este “nuevo programa de la *civilización* contra la *barbarie*”. En tercer lugar, el ataque se dirige a las ideas de Portantiero, Aricó, Terán y Altamirano sobre la crisis del marxismo expuestas en *Punto de Vista*. Para Castro no existe tal crisis teórica y sus “múltiples aplicaciones prácticas” están a la vista en todo el mundo. Por lo demás, el supuesto pensamiento postmarxista se reduce a un intento más de la intelectualidad dependiente argentina de “estar al día”, o “a la moda” divulgando “la (no probada) crisis del marxismo”, escrita en clave liberal.

Pié de Página adopta, como puede comprobarse, la otra punta de la problemática que estudiamos y se hace cargo de la postura que *Punto de Vista* critica. Castro define la “estrategia” de los postmarxistas: “El ‘ajuste de cuentas’ adquiere un tono polémico: la ‘izquierda’ preexistente debe ser recusada en *bloque*, acentuando el contraste con la *nueva fuerza* emergente”. Para el autor, se trata más bien de una sola izquierda, la que mantiene los postulados del marxismo, mientras que la otra, la postmarxista, sólo mantiene en la izquierda una inscripción “imaginaria” ya que podría definirse mejor como “progresismo liberal”.

Pié de Página publica su último número a principios de 1985. Otra revista retomará esta línea y la continuará: *La Bizca*.²⁷ El nombre apunta a una metáfora

²⁷ *La Bizca. Revista de Crítica Cultural*, está dirigida por un “colectivo” conformado por Maite Alvarado, Gustavo Aprea, Roberto Beín, Alberto Castro, Alicia García Tuñón, Laura Mango, Carlos Mangone, Ariana Vacchieri, Nora Viater, Graciela Villanueva y Jorge Warley.

visual cuyo referente inmediato es *Punto de Vista*, considerada como una visión “distorsionada” de las cosas que sólo una mirada estrábica podría volver a su imagen normal. Entre los textos más polémicos puede destacarse el artículo de Carlos Mangone: “El santo oficio de los intelectuales” cuyo tema principal es el cambio ideológico de los intelectuales de izquierda de los 70. El autor reivindica la vigencia de las posiciones marxistas-leninistas frente a lo que él considera la renuncia de las posiciones revolucionarias en función de una continuidad democrático-burguesa cuya sola “utopía” es la consecución del consenso. Precisamente, la caída de la utopía revolucionaria es para Mangone el signo de defeción de este conjunto de intelectuales que ahora propone “una utopía posible, eficaz, pragmática, en la que los intelectuales abandonaran antiguas ambiciones prometeicas... ¿Hay algo más tramposo que apostar a una utopía realista?”.²⁸ Mangone detecta en estos cambios un viraje de la función de los intelectuales durante el proceso de democratización: se trata de un “intelectual vaivén”, que abandona sus antiguas posiciones y acomoda su pensamiento a las circunstancias plegándose al “mal menor”.

En el tercer y último número, *La Bizca* continúa haciendo de este tema el centro de su ataque. “Por dónde empezar” es el título de un extenso editorial en donde se explicitan las propias posiciones frente al tema de la recolocación de los intelectuales. Para una concepción que reivindica los paradigmas del marxismo-leninismo, la política es pensada como confrontación y lucha por el poder, y concebirla en otros términos (“el pluralismo, la armonía democratizante y los diferentes pactos y contratos que puedan suscribirse sobre la base de esta lógica”) es tener sólo una visión formal de la política. La idea de cultura es consecuente con esta visión, ya que sólo puede entenderse en relación a la dinámica política: “toda dinámica cultural deviene necesariamente en lucha cultural, política”.²⁹ De allí proviene el lema de la revista, “todo es política cultural” y, en esa dimensión, los instrumentos de análisis del marxismo no han perdido vigencia y constituyen la única forma de enfrentar “verdaderamente” las relaciones entre cultura y política desde la izquierda.

La Bizca propone crear un “espacio alternativo” pero no marginal, un frente que, remediando el retroceso de gran parte de la izquierda ante el hegemónico discurso de la democracia, le oponga un “programa mínimo”. Este programa, en lo cultural, tiene una agenda nutrida e incluye:

(E)l rescate... de prácticas culturales, sociales y políticas alternativas...
retomar la fuerte tradición nacional e internacional de estudio de los medios de

²⁸ Carlos Mangone, “El santo oficio de los intelectuales”, en *La Bizca*, 2, 1985, p. 5.

²⁹ “Editorial. Por dónde empezar”, en *La Bizca*, 2, 1986, pp. 3-4.

comunicación de masas como agentes de control social y de conformación de la opinión y la conducta de la población; la no aceptación de las definiciones corrientes de “culturas” que, en función de una autonomía relativa y específica, pretenden escamotear la cuestión del poder y de la propiedad; el debate de la teoría marxista; la inscripción de todos los ejes problemáticos planteados en una perspectiva socialista.³⁰

Aunque este fue el último número de *La Bizca*, ese elenco de temas es sin embargo representativo de la agenda de cuestiones centrales de la zona del campo cultural que estamos estudiando que, en este caso, no está hegemonizado por una sola revista — como sucede con *Punto de Vista* en la otra fracción — sino por una serie de breves publicaciones simultáneas o sucesivas. Con algunos matices o diferencia de énfasis, estos temas culturales y los instrumentos teóricos para su análisis están presentes en todas ellas, como *Mascaró* y *Praxis*. Pero ninguna dirigió su ataque tan directamente contra *Punto de Vista* como *La Bizca*. Esta representa el punto de máxima tensión de las revistas de la izquierda marxista con respecto a la primera. Sin embargo, ni siquiera en esa instancia hubo por parte de *Punto de Vista* un reconocimiento como interlocutor. En una encuesta a las revistas hecha por el suplemento cultural de *Tiempo Argentino* sobre “Democracia y Cultura”, la pregunta convocante indaga esta incomunicación: “¿Por qué, fuera de ciertas expresiones marginales, no hay polémica en el campo de la cultura ni con la cultura que está en el poder?”. La respuesta que ofrece cada una de ellas puede pensarse como respuesta al problema de la legitimidad cultural, la validación de los interlocutores y de los temas que circulan en el campo. *La Bizca* sostiene que no hay debate porque está fuera del centro lo que fue central: la política; la despolitización del campo intelectual es un dato que la revista retiene para explicar por qué ese repliegue quita del centro ciertos temas así como a los agentes que los impulsan. “Frente a esto — sostiene *La Bizca* en su respuesta — queda preguntarse cuáles son los requisitos para participar en las polémicas ‘permitidas’ y ser reconocido como un interlocutor legítimo.” El no acatamiento a las “reglas”, puede llevar a “que un término de la polémica no conteste”. Esto es exactamente lo que le sucede a *La Bizca* con *Punto de Vista*: interpela agresivamente sobre temas cuyo procesamiento ha sufrido en la revista de Sarlo el desplazamiento de los discursos culturales hacia otra forma de intervención política que la que propone la primera. El cambio ideológico ha producido una redistribución de los temas culturales y de su distancia respecto de lo político que, aun dentro del campo

³⁰ “Editorial. Por dónde empezar”, en *La Bizca*, 2, 1986, p. 4.

de la izquierda, no permite ni siquiera las mínimas aproximaciones polémicas. Para *La Bizca* este cambio impide incluso armar una “agenda mínima”:

(C)ómo discutir la organicidad del intelectual, su relación con el poder político si la sociedad no puede polemizar sobre aquellas cuestiones fundamentales y una gran parte de los intelectuales siguen hablando, frívolamente, de “transición a la democracia”, congelando, entre otros, debates centrales como la circulación democrática de los bienes culturales, la propiedad del manejo de la información o el presupuesto fondomonetarista de educación. Si no discutimos esto, lo demás, por ahora, es pura cháchara.³¹

En la encuesta, la posición de *La Bizca* en relación a este punto es compartida por *Pié de Página*, *Mascaró*, *El Ornitorrinco*, *Nudos* y *La Danza del Ratón*. Este “frente” de revistas se perfila aún más consolidado a lo largo de 1986. En el número 3 de *La Bizca* se publica el resultado de una mesa redonda de revistas culturales sobre el tema: “El intelectual y la política”. Las revistas que componen la convocatoria: *El Ornitorrinco*, *Mascaró*, *Cuadernos de Cultura*, *La Bizca*, *Praxis*, *Contraprensa*, *Crisis*, *El Molino de Pimienta*, *El Despertador* y *Pié de Página*, comparten “un espectro político más o menos común” y elaboran un documento conjunto que resume las consignas de la izquierda marxista.³² Se publica, además, la intervención de *La Bizca* en la que, reproduciendo sus consignas anteriores, señala dos consecuencias de la actual relación predominante de los intelectuales con la política: la “despolitización de la tarea intelectual” y, al mismo tiempo, la “desintelectualización de la política”. En virtud de la primera, los intelectuales se repliegan progresivamente en sus instituciones y espacios específicos (academia, institutos, creación) al tiempo que se produce una autonomización de los discursos intelectuales en relación a la dimensión política. La segunda consecuencia, genera una reflexión intelectual que justifica con instrumentos teóricos provenientes del pragmatismo conformista una “utopía de lo posible”. Así, el discurso del “posibilismo” que se sostiene desde el gobierno y sus zonas cercanas, frena todo intento de análisis crítico y oposición consistente en pos de la generación de un consenso que sólo se logra descalificando a esa oposición como instancia de interlocución, ya sea por su “dogmatismo”, su “intolerancia” o su vetustez ideológica.

³¹ Carlos Mangone, “Los decálogos de nuestra democracia”, en “Democracia y Cultura”, *Tiempo Argentino*, 5-1-86.

³² “Declaración de las revistas participantes en el I Encuentro de Revistas Culturales”, en *La Bizca*, 3, 1986, p. 5. Se trata del típico documento consensuado entre las partes en donde se fijan posiciones políticas (en el plano nacional e internacional), económicas, sociales y culturales del grupo convocante.

Consecuente con este planteo, la función del intelectual continúa siendo caracterizada en los términos del discurso del intelectual revolucionario.

Si se tiene en cuenta la superioridad numérica de las revistas que pertenecen orgánicamente o no a la izquierda marxista podría afirmarse que hay una supremacía de esta constelación y de sus postulados en el campo intelectual. Sin embargo, puede inferirse lo contrario. La crisis del marxismo dentro del campo cultural argentino y su corroboración por parte de intelectuales con una alta legitimidad dentro de la izquierda del mismo, es un dato clave a la hora de evaluar el peso “real” del marxismo como sustentador de ideologías culturales en el período de la democratización. Ana Boschetti, estudiando *Les Temps Modernes* y el campo de las revistas culturales que la rodearon durante la postguerra, sostiene que si bien es decisivo el impacto de la política en el campo cultural, la posición hegemónica la asume quien más capital intelectual haya acumulado y legitimado.³³ En otras palabras, la legitimidad política no es suficiente para legitimar una operación intelectual, se necesita una articulación de ambas para avanzar a una posición central.

Precisamente, la legitimidad intelectual que ha acumulado y consolidado *Punto de Vista* unida a la legitimidad política conseguida a través de su actitud disidente durante los largos años de la dictadura, más la valorización del sistema democrático en detrimento de los paradigmas revolucionarios del período de la transición, le permite sostener su viraje político y, al mismo tiempo, generar nuevas operaciones culturales. La articulación de un capital intelectual consolidado más una recolocación política cercana a las formas de un socialismo democrático — cuando el sistema democrático se encuentra en la cúspide de su valorización — produce la legitimidad de *Punto de Vista*, a pesar de que en la operación que postule tenga múltiples adversarios. Un signo de su hegemonía en el campo de las revistas es que la mayoría de las publicaciones que estamos analizando tienen una relación unilateral con *Punto de Vista*, esto es, escriben editoriales, artículos, citas alusivas al pie de página, etc., sin recibir una respuesta directa. Cuando una revista elige cuándo, con quién y sobre qué polemizar, está ocupando un lugar central, porque está estableciendo cuáles

³³ Sostiene Boschetti: “En este movimiento de reestructuración del campo de las revistas, un principio externo es decisivo, la situación política. La presión de la política sobre la cultura se manifiesta ya sea imponiendo un compromiso a los intelectuales, u orientando sus elecciones... Pero la jerarquía interna del campo intelectual tiene su propio peso, como lo indica el hecho de que la posición hegemónica no es ocupada por los intelectuales del P.C., la formación política más fuerte, sino por TM [*Les Temps Modernes*], que conjugan el compromiso con el mayor capital intelectual”. Ana Boschetti, *Sartre y “Les Temps Modernes”*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1990, p. 146.

son los debates y los interlocutores “legítimos”. Y esto es lo que se infiere de la respuesta de *Punto de Vista* a la encuesta de *Tiempo Argentino*, firmada por Beatriz Sarlo:

Me parece, también, que es legítimo no elegir todas las discusiones que se nos proponen: hay posiciones que merecen respeto pero no trabajo; posiciones que pueden considerarse poco significativas o incapaces de desencadenar un proceso productor de nuevas ideas. Simplemente, uno no está de acuerdo, lo cual no quiere decir que sea impostergable decirlo por escrito. Elegir el momento y el objeto de la polémica es un derecho tan respetable como el del disenso.³⁴

Otra revista que, sin establecer la frontalidad de las dos anteriores, se mantiene dentro de la misma línea es *Mascaró*.³⁵ Se trata de una publicación más centrada en la literatura que, tomando como emblema el título de la novela de Haroldo Conti, se inscribe en una línea de la izquierda cuyos referentes son, coherentemente, Juan Gelman, Osvaldo Bayer, Rodolfo Walsh y el mismo Conti. El número 4 de diciembre de 1985 — en pleno pico de la polémica que venimos reseñando — la revista publica una separata de poemas inéditos de Gelman y un reportaje a Bayer en donde el autor advierte “un gran retroceso” en los intelectuales tanto de los que se quedaron en el país como muchos de los que volvieron del exilio. Fustiga principalmente a estos últimos, en especial a los que viraron hacia posiciones socialdemócratas.³⁶

De todas estas revistas, *Praxis* es la que intenta hacer un movimiento diferente: plantea la autocrítica de los intelectuales pero desde el más ortodoxo pensamiento marxista-leninista, no fuera de él.³⁷ No es una revista cultural de filiación marxista, sino una revista del pensamiento marxista que se presenta como un “órgano independiente destinado a la lucha ideológica” cuyo objetivo es “la formación de un bloque intelectual revolucionario”. La revista tiene la apariencia de la típica publicación doctrinaria, sus artículos están organizados según los parámetros clásicos del análisis marxista y conserva toda su retórica. La “organicidad” de estos estudios hace presumir una adscripción absoluta al pensamiento del marxismo ortodoxo; sin embargo, es la única de las revistas que desde esta posición plantea la necesidad de una revisión crítica.

³⁴ Beatriz Sarlo, “La nueva ola del debate solapado”, en “Democracia y Cultura”, *Tiempo Argentino*, 5-1-86, p. 5.

³⁵ *Mascaró. Revista de Literatura*. Director: Ricardo Mariño; Consejo de Dirección: Leonor García Hernando, Susana Silvestre, Juano Villafañe, Sergio Mauricio.

³⁶ “Osvaldo Bayer”, en *Mascaró*, 4, 1985, p. 40.

³⁷ *Praxis. Estudios, Debates, Documentos*. Consejo de Redacción: Laura Rossi, Gabriel Rot y Horacio Tarcus.

En la “Presentación” del número 1, la revista llama a los intelectuales de las diversas áreas a “plantear problemáticamente la relación entre sus respectivas disciplinas y el marxismo”.³⁸ En el análisis que abre este número, *Praxis* diferencia dos actitudes en la izquierda intelectual: una “revisionista” y otra “dogmática”; la primera considera al marxismo como una vía agotada para el análisis científico, mientras la segunda se aferra a sus consignas de una manera errónea ya que despoja de problematicidad y anula las contradicciones de cada coyuntura histórica, leyéndola a la luz de una teoría estática y aplicable para todo, lo cual contradice el propio pensamiento marxista. *Praxis* se presentará como una posición “superadora” de estas dos instancias, reivindicando la vigencia del marxismo pero, al mismo tiempo, postulando un relevo crítico de todo el resabio dogmático que la teoría ha acarreado desde el stalinismo.³⁹

En 1986, luego de diez años de interrupción, reaparece *Crisis*.⁴⁰ La revista llegó a ser un símbolo de la cultura de los setenta, y fue una de las pocas revistas culturales que alcanzó niveles de circulación notoriamente más extensos que la generalidad de estas publicaciones, llegando incluso a una significativa repercusión en otros países de América Latina. *Crisis* captó el “aire de la época”, y su desafío diez años después consistía precisamente en lograr nuevamente esa sintonía.

El número 41 (estableciendo la continuidad con la primera época) tiene como tema de fondo “Las izquierdas en América Latina. Utopía, crisis y transformación”. A tres años de la democratización, la revista responde a una problemática ya instalada y definida en el campo con un conjunto de artículos entre los que se destacan los de David Viñas, León Rozitchner y Juan José Sebrelli. Viñas propone la construcción de un “umbral” a partir del cual pueda esbozarse un proyecto, “una utopía política que no se conforme con los considerables (pero estrechos) límites que dibuja la socialdemocracia local”. Pero este umbral se define en Viñas más por la negativa que por una instancia propositiva.⁴¹

³⁸ “Presentación”, en *Praxis*, 1, 1983. La revista tiene las siguientes secciones: El intelectual y la revolución, Los marxistas, El socialismo real, Socialismo y libertad, La realidad argentina.

³⁹ Véase “Editorial. Las tareas del marxismo hoy”, en *Praxis*, 1, 1983, pp. 4-50.

⁴⁰ *Crisis* publicó cuarenta números entre 1973 y 1976. Durante los primeros meses de la dictadura militar la revista debió cerrar frente a las amenazas y la censura. El equipo de *Crisis* (segunda época) es, Director Ejecutivo: Federico Vogelius; Director Periodístico: Vicente Zito Lema; Asesores Editoriales: Osvaldo Soriano y Eduardo Galeano. Entre los corresponsales extranjeros se encuentran: Osvaldo Bayer (Alemania), Tomás Eloy Martínez (Washington), Rodolfo Terragno (Londres), Miguel Bonaso (México).

⁴¹ David Viñas, “Los intelectuales y las revoluciones”, en *Crisis*, 41, 1986.

El texto de Rozitchner es agudamente autocrítico. “El espejo tan temido” intenta advertir sobre una nueva “trampa” en la que la izquierda puede volver a caer: “poner el error y la muerte fuera de uno” porque “no hay verificación interior del fracaso exterior”. El autor considera a esto la piedra de toque para realizar una autocrítica que no se quede en la liviandad del reconocimiento de “errores tácticos”, sino que exija de los intelectuales una introspección que analice los procesos por los cuales se llega a profundas inadecuaciones entre las ideas que procesan y la realidad material. ¿Cómo restablecer la coherencia luego de semejante desajuste? parece ser la pregunta de fondo de Rozitchner. En primer lugar, en el caso de que tal restablecimiento pueda ser posible no lo será efectivamente si se cae de nuevo en la trampa de generar con la misma soberbia nuevas “verdades” a seguir. Para el autor, si no se toma una conciencia profunda de las consecuencias que trajo/trae la elaboración y afirmación de una idea de la política, no puede dimensionarse el error de volver a caer en otras versiones tan contundentes como irresponsables. El resultado actual para los intelectuales es la pérdida del reconocimiento de la validez de su discurso y de su función social.

La continuidad de *Crisis* llega hasta julio de 1987 en que, luego de la muerte de su editor Federico Vogelius, los integrantes del equipo de redacción sostienen una relación conflictiva con sus herederos debido al endurecimiento de las posiciones de la revista sobre las leyes de “Punto Final”, la visita del Papa, y otros aspectos de la política nacional. Se produce entonces una fractura entre los editores de *Crisis* que, manteniendo el nombre, continúan con la revista, y sus ex- integrantes que comienzan un nuevo proyecto editorial: *Fin de Siglo*. Si bien ambas exceden el período estudiado, queremos dejar registrado que en los momentos iniciales de la segunda época de *Crisis*, ésta se articula a la problemática de la transición. Para la revista que tuvo entre sus principales colaboradores a Walsh, Conti y Urondo, esta revisión era particularmente difícil diez años después, con la derrota y la muerte atrás. Tal vez no haya otro ejemplo más claro que la aparición de la segunda época de *Crisis* para demostrar la imposibilidad de reproducir un clima intelectual como el de los setenta. Pero esta dificultad no es privativa de *Crisis*. Lo es también de todo ese conjunto de revistas que comparten la concepción del intelectual revolucionario, con mayor o menor grado de organicidad, en un momento en que, en el marco de una crisis mundial, la revolución ha desaparecido como modelo de sociedad. Con la excepción de *Crisis* que arranca más tardíamente y avanza hacia años posteriores a los límites de este trabajo, las demás revistas desaparecen luego de pocos números. Son, tal vez, las últimas estribaciones de una idea de intelectual que no volvió a encontrar las brújulas del horizonte utópico.

Gritos y susurros: de *El Porteño* a *Sitio*

En este último punto de un recorrido inconcluso (que incluiría las recolocaciones desde la línea nacional-popular representada por los intelectuales peronistas y las nuevas expresiones de la vanguardia), quisiéramos detenernos en el contraste — y al mismo tiempo el vínculo — entre dos sectores muy alejados entre sí: el de los intelectuales y periodistas que se insertan durante el auge de la apertura democrática en publicaciones destinadas a un ámbito amplio de circulación, y el de los “literatti” que, concientes de la necesidad de su inscripción en un campo en plena reconfiguración, lanzan una revista que aún desde su circulación restringida no se desentiende sino que más bien interpela las problemáticas y los discursos del primero.

El Porteño (1982-1992) es una publicación dirigida a zonas más vastas del campo cultural, inclusive externas a él. Podríamos ver en ella la típica revista cultural de un período de apertura política comparada con aquéllas que debieron lidiar con la censura extrema de la dictadura. Por su origen, debería estar confinada a un pequeño círculo intelectual pero, articulada al momento de transición democrática, toma la agenda predominante del momento y la amplifica, poniendo en circulación todos los temas que estaban siendo trabajados en un campo intelectual más restringido, o desde otras publicaciones ajenas a la cultura pero que sirvieron durante la dictadura como plataforma de estos discursos, tal el caso de la revista *Humor*. *El Porteño* elige ubicarse como una revista no partidaria, realizada por una cooperativa de periodistas independientes, vinculada al progresismo democrático y a los movimientos de derechos humanos. Podría ubicarse en el entramado de la disidencia intelectual de izquierda porque, si bien no hay una manifestación expresa, la mayoría de sus colaboradores, así como muchos de sus temas y entrevistados, se vinculan a esta zona del campo o dialogan con ella. La cuestión de la redefinición del intelectual de izquierda frente a la dimensión democrática está presente en casi todas las notas y reportajes.⁴² La revista registra, asimismo, la aparición de todos los movimientos e iniciativas de artistas que impulsaban activamente la apertura democrática y despliega una heterogeneidad de artículos que van desde zonas como los derechos humanos o la política nacional hasta la situación de las culturas indígenas marginadas. Dentro del ámbito específicamente cultural, *El Porteño* recoge las declaraciones, artículos y entrevistas del conjunto

⁴² Como ejemplos, véase: Mónica Flores Correa (Comp.), “Democracia: el desorden que se va a armar”, en *El Porteño*, 19, 1983; “Diciembre porteño” [Entrevista a Oscar Landi], en *El Porteño*, 13, 1983; “David Viñas: Los generales son ‘como una nube que nos agarra el pescuezo’” [Entrevista de Antonio Marimón], en *El Porteño*, 16, 1983.

de escritores e intelectuales que regresan del exilio, y en ese sentido podría decirse que se convierte en el escenario de un discurso que circulará ampliamente en el período. La revista tematiza los problemas y tensiones en la reconstrucción de un campo cultural.

En las antípodas de *El Porteño* y del discurso que amplifica, se encuentra *Sitio*, que publicó siete números entre 1981 y 1987. Al grupo nuclear de la revista: Ramón Alcalde, Eduardo Gruner, Luis Gusmán, Jorge Jinkis, Mario Levin, Luis Thonis, se le agrega un entorno de colaboradores cercanos como Osvaldo y Leónidas Lamborghini, Néstor Perlongher, Enrique Pezzoni, Silvia Molloy, Beatriz Castillo, Luis Chitarroni, entre los más frecuentes. *Sitio* proyecta en la década del 80 las incitaciones desplegadas por la revista *Literal* (1973-1977), dirigida por Germán García, Osvaldo Lamborghini y Luis Gusmán. Es posible encontrar en las páginas de esta ambiciosa publicación los ecos de esa “flexión literal” que hila los discursos discordantes que caracterizarán al grupo de escritores de la revista: Osvaldo y Leónidas Lamborghini, Arturo Carrera, Néstor Perlongher. Desde el ensayo a la poesía, una voluntad de cruce de textualidades residuales, coloquiales y eruditas, un trabajo incesante con los significantes, recorre este discurso neobarroco/neobarroso (como lo definirá Perlongher) que invade y corrompe los discursos consolidados, sociales o literarios.

Más restringida aún que las anteriores revistas, pero con una condensación muy alta de los “literatti” del campo intelectual, *Sitio* pareciera, a primera vista, resistirse a una inclusión en donde se analicen los cambios de la función intelectual. En primer lugar, porque la teoría de la escritura que comparten sus redactores no propone otra instancia de praxis que no sea la propiamente discursiva, y en segundo lugar, porque la revista se diferencia de las anteriores por su resistencia a actuar como “cuerpo”. La homogeneidad de un discurso colectivo está excluida de su mira: la misma declaración de principios que constituye el Editorial es reemplazada por un “Entredichos” (tres artículos firmados por Gusmán, Jinkis y Gruner), es decir, un entramado de textos individuales de los responsables de la revista que evita un autor colectivo. Sin embargo, la explicación de la “razón de ser” de la revista lleva implícita una definición, una ubicación, dentro de un campo que está reformándose.

El lugar de *Sitio*, es más bien ese “no lugar” que en el discurso no se posa sobre ninguna certeza, ya que la certidumbre es una moneda tranquilizadora que intercambia “palabras por sentido”: “la moneda de lo comunicable hace a la literatura esclava de las ‘intenciones’, práctica escatológica, donadora de certidumbres... El lugar de lo literario... es el de la interrogación. Que no podría

coincidir ni con la plena certidumbre ni con la Nada, sino que sobrelleva en el acoso insistente de esos dos antagonistas, en permanente estado de *sitio*”, afirma Eduardo Gruner.⁴³ Se trata de una escritura intersticial, sinuosa, que no se apoya en los lugares autorizados de los discursos centrales ni en los que se oponen a ellos cuando su condición es la ilusión realista de lo representacional. Un lugar múltiple, no unívoco, donde las diferentes voces puedan entre-cruzarse, tensionarse, contradecirse. Para *Sitio*, el lugar de la oposición no es igual al de las demás revistas: es un lugar discursivo. La oposición está en la *diferencia*, en salir de la trampa que opone, a la manera de un binarismo estructuralista, discursos oficiales y disidentes en sus contenidos. Ambas son formas miméticas de una misma actitud y la única salida posible a esta dialéctica cristalizada es el *desvío*, el *descentramiento* que no propone oposiciones externas a la escritura misma. El lugar de la diferencia es la lengua. Pero ¿cómo lograrlo?, se pregunta Jinkis, “ante todo, no haciendo de *Sitio* un sitio único”.

Definimos entonces una operación a contrapelo de las anteriores, que desestima por engañosa toda “política de la cultura” y deposita en la palabra la posibilidad de una política: “nos parece posible sostener en la palabra una política consecuente que me permita no combatir, sino interpretar ese universo de lenguaje”, sostiene Jorge Jinkis, en el mismo Entredicho. Claro que para esto es necesario una reforma en la función intelectual ya que, según esta línea de pensamiento que describe Jinkis, es “siniestra” la función intelectual que se propone la enunciación de una política literaria, parapetada en un realismo tanto de derecha — que “pasa el trapo a la moral sobre las razones del orden” — como de izquierda — “cuya ideología se agota en el gesto progresista que evita pagar el precio de las verdades que anuncia”.⁴⁴

Significativamente, esta revista, en su primer artículo, necesita reactualizar los cambios de la función intelectual desde los 60-70 hasta el momento:

La expresión “intelectual comprometido” contribuyó al éxito de un término antagónico cuando la difusión de las ciencias llamadas sociales descubre para el conformismo escondites más recónditos e insidiosos que la mala fe. El compromiso que había sucedido al nihilismo se vio desplazado por una pasión de la modernidad, la indiferencia... Si a esto unimos el sentimiento exacerbado del carácter asocial de la democracia entenderemos la desvalorización creciente de cualquier empresa colectiva y *el abandono de la función que se creía*

⁴³ Eduardo Gruner, “Entredichos”, en *Sitio*, 1, 1981, p. 6.

⁴⁴ Jorge Jinkis, “Entredichos”, en *Sitio*, 1, 1981, p. 4.

*trascendente del intelectual: cuando no busca refugio en la fantasía de ser portavoz de un sector, se inclinará decisivamente hacia una modalidad artesanal. La crisis del intelectual como *intelligentzia* es la crisis del concepto humanista de libertad.*⁴⁵ (El énfasis es nuestro)

Sitio deja claro desde el inicio que la práctica literaria es no sólo específica sino irreductible a cualquier otra. Hay sobre la base de esta afirmación una teoría de la escritura que ve en ella su propio horizonte y que reclama sus límites.⁴⁶ Sin embargo, un hecho extraliterario alterará los previstos senderos discursivos de la revista: la guerra de Malvinas. El número 2 de *Sitio* estaba listo para su publicación en el momento en que se produce la toma de las islas en el mes de abril de 1982, pero no pudo publicarse hasta noviembre de ese año. Si bien la mayoría de las revistas culturales incluyó su análisis de la situación, *Sitio*, a contrapelo de sus mismos postulados, introdujo fuertes cambios en la forma y en el contenido de sus discursos. Por empezar, unificó en un “nosotros” la voz diversificada del “Entredichos”.⁴⁷ Si la literatura no convocaba ese “nosotros”, sí lo hacía la política y la reubicación que ésta le exigía a los integrantes de la revista:

¿Qué cambio de sentido le cabría a la literatura de un país que para nuestra memoria histórica, para nuestra corporalidad, para nuestro estar en el mundo, fue espectador neutral de todas las guerras que durante este siglo alteraron sustancialmente la estructura material y cultural de la humanidad? Para nosotros, las guerras habían sido, fundamentalmente, testimonios orales o hechos literarios. Ahora nosotros, en guerra, pasábamos a ser un hecho del que la literatura tendría que dar cuenta. La guerra — imaginábamos — nos dejaría en *relaciones sociales nuevas* (por momentos las suponíamos fundamentales, inaugurales), y nos preguntábamos *qué función dentro de ellas nos tocaría cumplir*. Materia nueva clamando por formas nuevas; nosotros no seríamos los mismos, habría otros

⁴⁵ *Ibid.*, p. 5.

⁴⁶ Eduardo Gruner, desde su texto de “Entredichos”, sostiene:

“Se cree hacerle un favor a la literatura (¿o es a los literatos?) cuando se invoca su ‘utilidad’ social, cuando se convoca en su auxilio a las ideologías, cuando se provoca su inclusión en algunas de las consabidas ‘prácticas’ comunitarias. Pero, ¿no es ella misma lo negativo — si no la negación — de toda utilidad, la aporía de lo ideológico... la interpelación de cualquier ‘práctica’ en tanto los sujetos que soportan una práctica se definen porque *hablan*?”

Es fácil por ese sesgo la precipitación en el imaginario del ‘arte por el arte’, reverso ideológico de lo ideológico. No conozco sino una manera, ella misma quizá paradójica, de resolver esta paradoja: renunciar a ‘salir’ de la contradicción, instalarse en ella como quien se sienta a meditar en una cuerda floja... en el alejamiento de cualquier ilusión de conformidad con un saber de lo real, en el rechazo de toda esclavitud pero también de un ejercicio del poder... *del poder decir*”. Eduardo Gruner, “Entredichos”, p. 6.

⁴⁷ El “Entredichos” está firmado por R. Alcalde, H. Grisafi, E. Gruner, L. Gusmán, J. Jinkis y H. Savino. Se titula: “Las Malvinas argentinas. Del trabajo a la guerra y de la guerra al trabajo. ¡Argentinos a recomponer!”.

lectores, otras conciencias, otro acceso a ellas; otros objetivos; ¿quizás una nueva eficacia? Ciertamente, un nuevo deber ser.

Estos celajes se desvanecieron, como tantos otros... ¿Se justifica publicar ahora algo escrito en una coyuntura tan distinta? Hemos vacilado largamente. Dos razones nos decidieron: la *impotencia* en que nos debatimos todavía para imaginar qué y cómo escribiremos cuando hayamos terminado de asumir lo que el país vivió durante setenta y cuatro días oniroides; y el haber caído en la cuenta de que por el momento es el único modo que tenemos de *negarnos a olvidar*. Que es lo que se nos sugiere, se nos suplica, se nos intenta imponer por todos los medios.⁴⁸

Esta torsión de la revista hacia un tipo de discurso que había condenado justamente en el número anterior, provoca la reacción de uno de sus colaboradores más estrechos, Néstor Perlongher, que desde su lugar de residencia en Brasil envía un artículo que satiriza todo el texto editorial por patriotero y didactista, y advierte:

La desalada guerra ¿nos ha cambiado el Sitio de lugar? ¿Lo ha acercado a unas islas? ¿Anclado en “aguas territoriales”? De tan glaceada en primavera — “sudamericanista, anticolonialista, unión nacional” —, la Musa acaba Coja en un glaciar. No hay que afligirse: para enderezarse, guarda el consuelo de unos “derechos”.⁴⁹

La respuesta del grupo se incluye a continuación en dos notas de Jinkis y Alcalde que sirven no sólo para resituar a la revista dentro de una nueva coyuntura política sino también para redefinirse en su función intelectual. Para Jinkis, por ejemplo, “Si la revista ha ‘cambiado’ de lugar, esto sólo significa que ha hablado... allí donde esperabas su silencio. Pero *no* ‘se ha dado vuelta’, Perlongher, aunque haya que darla vuelta para leer”. Texto típico de una polémica, el de Jinkis aborda también la responsabilidad de manifestar contra quién se escribió aquel “Entredicho”: “contra la modalidad del izquierdismo ideológico, que reducía la guerra, como lo hacés vos, a un recurso para convertir a los esclavos en soldados”. Si Perlongher ubica a los escritores de *Sitio* “encerrados en las fronteras de un patriotismo ilusionado”, que terminan haciendo el “juego” a la dictadura militar, estos a su vez, ejemplifican en la posición del primero, residente en Brasil, “un lugar donde el alma del liberalismo progre ha encontrado en estos últimos años el clima tibio en el que pueden florecer sus manifestaciones expresivas. Es también, otra política”.⁵⁰

⁴⁸ Jinkis, “Entredichos”, p. 4.

⁴⁹ Néstor Perlongher, “La ilusión de unas islas”, en *Sitio*, 3, p. 48.

⁵⁰ Jorge Jinkis, “A la tibia musa de un vate desencantado”, en *Sitio*, 3, pp. 49-51.

Aquel “nosotros” que hasta no hacía mucho unía a exiliados y residentes en el país en torno a una estética común, se quiebra a partir de la interpretación que ambos sectores tienen de la guerra de Malvinas y de la posición que cada sector toma con respecto al conflicto. Simultáneamente, e intensificando lo anterior, está circulando la “polémica sobre el exilio”, al punto que desde el país comienza a ser identificable un “discurso del exilio”, como lo califican en *Sitio*. Podría decirse que ambas polémicas se sobreimprimen y generan una tensión que provoca una “salida” de los propósitos originarios de la revista.

El extenso artículo de Ramón Alcalde, “Ilusiones de isleño”, abarca todos estos tópicos, en una respuesta que tiene a Perlongher como destinatario inmediato pero que apunta, mediatamente, a la globalidad de los escritores argentinos exiliados y a su incapacidad para procesar la experiencia argentina de los últimos años y en particular la de Malvinas. Esto — y no “nuestra común pertenencia a parroquiales vicisitudes literarias” — es lo que produce la tensión, la dislocación de un bloque literario e intelectual:

Es verdad. *Cambiamos*. En parte, nos cambiaron; pero, mucho más, *quisimos* cambiar o dejarnos cambiar. Si no lo hacíamos, nos quedábamos solos. Solos de quienes *nos interesan*. De lectores reales o imaginados. Solos, en esa monserga del “exilio interior”, de la “catacumba”, novedosísima argucia, que no define nunca el lugar de la *expulsión* (o del irse a baraja); una especie de jubilación reversible, de la que afloraremos algún día... Y mucho mejor legitimados por nuestro martirologio que los mersas eyectados hacia los Pontos no tan brumosos de París, Barcelona, Río de Janeiro, M.I.T., México D.F. ...

(Perlongher) No vivió nuestras ilusiones. Tampoco el odio, la humillación, el dolor reales que vivimos los de *Sitio*. Manténgase en su ínsula, Perlongher, con su ilusión extraterritorial, pero acepte, aunque más no sea como hipótesis, que podamos haber cambiado, y no por mala fe.⁵¹

Hemos mencionado recién la alusión negativa que los escritores de *Sitio* hacen al “discurso del exilio”. Ramón Alcalde ubica el artículo de Perlongher como una “modalidad” de ese discurso “obsoleto” como lo es “*todo discurso de exilio* que no se haga cargo de la *novedad* introducida por Malvinas en las relaciones sociales internas e *internacionales*. Aunque sea difícil percibirlo desde los recaladeros prestigiosos de la Diáspora”. Para el autor, es atributo de este discurso una negación a elaborar todo cambio producido en el país durante el período del exilio, y una inclinación al análisis de la propia experiencia cristalizado — de allí su obsolescencia — en la coyuntura que determinó el exilio. Como ilustración de lo que sostiene, Alcalde dedica una columna de su

⁵¹ Jorge Jinkis, “A la tibia musa de un vate desencantado”, pp. 53-55.

artículo a la proliferación de los reportajes a exiliados que retornan o visitan el país (generalmente publicados en los suplementos literarios y en revistas como *Humor* o *El Porteño*) en donde destaca como hecho significativo que ninguno de ellos haga una sola mención a Malvinas en sus análisis de la situación nacional. Y para Alcalde, todos los cambios que se están efectuando — entre todos, el más fundamental: el de la democratización “precaria, condicionada, incierta” — son efectos de una nueva estructura de problemas y relaciones generada a partir de Malvinas:

Dentro de esta estructura reformulada, la Literatura tiene que moverse. O para no hacer metonimias, los que en ella de alguna manera, de muy distintas maneras, estamos. Su curso, por supuesto no es determinable, ni mucho menos exigible, desde ninguna estética. Cada cual elegirá — tiene que reelegir — para quién, en dónde, cómo, sobre qué escribe. Cuidándonos todos de no girar en el vacío. De no encontrarnos otra vez frente a la “sorpresa” que a algunos los llevó a la expatriación, exiliar o no, a los otros a la permanencia impotente frente a una guerra terminada casi antes de empezar, de la cual la literatura, convidado de piedra, sólo puede hacerse cargo postumamente. *Sero uenientibus, ossa*, “para los que llegan tarde, los huesos”. (Buenos Aires, 1º set. 1983)⁵²

No obstante, *Sitio* no pierde ni modifica su proyecto literario inicial y su intromisión en la problemática de la recolocación intelectual se da a través de un “Anexo: Del Exilio”. De todo el espectro de la fracción intelectual que estudiamos, este heterogéneo sector que une trayectorias individuales muy marcadas — como las de Ramón Alcalde o Luis Gusmán — no se identifica como cuerpo salvo cuando tiene que dar cuenta de su redefinición de la función intelectual.

Hemos tratado de delinear los relieves de una topografía intelectual en pleno proceso de transformación que en los años siguientes continuará modificándose. Seguimos el itinerario de un discurso de resistencia que, al avanzar el período de la democratización, no pudo sostenerse sólo como tal y cayó sin poder reelaborar sus consignas. Asistimos al proceso de reelaboración de una nueva función intelectual desde los resabios de la autocrítica. Registramos, por último, las tensiones que esta redefinición provocó desde los lugares más amplificados hasta los más restringidos del campo cultural. Creímos importante, por fin, realizar un mirada focalizada a uno de los últimos momentos de la vida cultural argentina en los que el campo intelectual completo se vio traspasado por una problemática que lo reconfiguró, y en los que la función

⁵² Alcalde, “Ilusiones de isleño”, en *Sitio*, 3, p. 59.

del intelectual en la esfera pública se debatió con una densidad que no volvió a repetirse. A partir de este momento, la fragmentación del campo dificultará la posibilidad de reunir/tensionar diferentes fracciones alrededor de problemáticas convocantes.

Cuadernos de
RECIENVENIDO

1 ANTONIO MELIS

José Carlos Mariátegui hacia el Siglo XXI

2 MARIO M. GONZÁLEZ

Celestina: o diálogo paradoxal

3 EDWIN WILLIAMSON

La trascendencia de la parodia en el *Quijote*

Endereço para correspondência

DEPARTAMENTO DE LETRAS MODERNAS – FFLCH/USP

Av. Prof. Luciano Gualberto, 403
Cidade Universitária
05508-900 - São Paulo-SP - Brasil
Tel.: (5511) 210 2325/ 818 4296
Fax: (5511) 818 5041
e-mail: d1m@edu.usp.br

HUMANITAS LIVRARIA – FFLCH/USP

Rua do Lago, 717
Cidade Universitária
05508-900 - São Paulo-SP - Brasil
Tel.: (5511) 818 4593
Fax: (5511) 818 4589
e-mail: pubflch@edu.usp.br
<http://www.usp.br/flch/flch.html>

<i>Título</i>	CUADERNOS DE RECIENVENIDO/4
<i>Projeto Visual e Capa</i>	Isabel Carballo
<i>Ilustração da Capa</i>	Norah Borges, <i>Ajedrez</i> , 1922
<i>Editoração Eletrônica</i>	Helena Rodrigues
<i>Revisão</i>	Gênese Andrade da Silva
<i>Arte-final</i>	Erbert Antão da Silva
<i>Secretaria Gráfica</i>	Eliana Bento da Silva Amatuzzi Barros
<i>Divulgação</i>	Humanitas Livraria - FFLCH/USP
<i>Mancha</i>	12,9 x 19,3 cm
<i>Formato</i>	16,4 x 21,4 cm
<i>Tipologia</i>	Bookman Old Style e BauerBodni BT
<i>Papel</i>	off-set 75 g/m ² e cartão vergê branco 180 g/m ²
<i>Impressão da Capa</i>	Preto e Azul (Pantone 3268-C)
<i>Fotolito, Impressão e Acabamento</i>	Seção Gráfica - FFLCH/USP
<i>Número de páginas</i>	37
<i>Tiragem</i>	500 exemplares

Roxana Patiño, argentina – Professora Visitante na USP no primeiro semestre de 1997 como bolsista da CAPES –, é doutora em Literatura Latino-Americana pela Universidade de Maryland, EUA, e tem artigos publicados em várias revistas culturais latino-americanas. Sua tese sobre o jornalismo cultural argentino na década de 80 será publicada em breve pela Editora Beatriz Viterbo, de Rosário, Argentina.